

ROBERT E. CURLEY

## HISTORIAS Y FEMINISMOS

RILEY, Denise. *Am I That Name?: Feminism and the Category of Women in History*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1988, 126 pp.

¿Cómo debemos entender un libro que estudia a las mujeres, una colectividad, como categoría? Este libro es una historia de mujeres, pero no tanto de las personas así denominadas sino de una categoría de análisis. ¿Por qué escribir sobre una categoría? En nuestro léxico cotidiano, en nuestras preconcepciones, estereotipos y análisis, ya sean históricos, filosóficos, sociológicos o políticos existe una profunda confusión acerca de qué significa "mujer". O qué no significa.

Riley emplea un análisis que se mueve entre lo sincrónico y lo diacrónico para hacer un retrato del di-

namismo del concepto "mujeres" frente a la humanidad y a la naturaleza, entre otros que le han dado definiciones distintas a lo largo de la historia. El concepto "mujeres" se constituye sólo en relación con otras categorías, y esta relación no es transhistórica sino temporal y cambiante, por ello el concepto no puede tener un significado fijo, al contrario, varía momentáneamente frente a distintos conceptos e históricamente frente a sí mismo.

En la introducción Riley plantea una hipótesis acerca de la inestabilidad de la categoría "mujeres". Esta colectividad se construye históricamente, discursivamente, y siempre en relación con otras categorías. Además de la colectividad, la persona, vista como mujer por otros, experimenta la misma inconstancia: por un lado, el ser mujer no es una existencia estable y no dota al sujeto de una fundación ontológica, y por el otro, "mujer" tampoco se ex-

plica sólo en términos de socialización. El argumento no postula un carácter/sujeto formado mediante un condicionamiento social. Es mucho más radical: Riley rechaza en principio la existencia de cualquier realidad, o esencia, de "la mujer": lo único que existe son las caracterizaciones *a posteriori* y temporales. Sin embargo, la inestabilidad de "mujeres" se erige sobre un cimiento histórico, y el feminismo se constituye como el sitio donde esta inestabilidad se manifiesta mediante sucesivas luchas por definir "mujeres".

El argumento parte del supuesto de que ninguna persona vive total y eternamente consciente de su sexo. Pero además la categoría "mujer", como "hombre", se constituye en relación con otros conceptos; como "humanidad", "naturaleza", "razón", "lo social" y "el cuerpo". Por lo tanto, los proyectos que intentan trazar la historia de las ideas sobre las mujeres, o de los antagonismos entre

sexos, no son adecuados, y en todo caso haría falta investigar "el curso de alineamientos" de "mujeres" en *gendered categories*, es decir, categorías constituidas mediante relaciones de género.<sup>1</sup> Así, la temporalidad de "mujeres" se demuestra exponiendo su relación con la categoría "humanidad" y retomando concep-

<sup>1</sup> Aquí saltan a la vista dos problemas: uno en el texto del libro y otro que repercute más allá. El primero consiste en qué entiende Riley por género. No define el término, y no siempre es claro en su texto. El segundo es más complicado: se trata de los conceptos analíticos y su traducción. En inglés, género, *gender*, no sólo representa una distinción biológica o una relación de poder entre sexos. También es verbo, *to gender*, y calificativo, por ejemplo, *gendered categories*. Como verbo, o calificativo derivado del verbo, indica un proceso, o una relación en proceso de constitución, pero nunca un proceso acabado. Esta cuestión merece una mayor discusión, que se dará en la medida en que haya mayor comunicación entre los especialistas de los dos lados de la frontera lingüística. Agradezco a Deborah Cohen, quien me apuntó este problema; véase: "Cruzando fronteras, creando identidades: los contornos culturales de la migración entre Durango y Chicago, 1943-1993: una propuesta de tesis", en *Transición*, Revista del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Juárez del Estado de Durango, núm. 19, febrero de 1996.

tos que surgieron en condiciones temporal o históricamente específicas, para después implicarse en la categoría "mujeres".

Ameritan mención dos estrategias metodológicas que encauzan los argumentos de la obra. Primero, Riley aplica un método narrativo interdisciplinario, construyendo un texto que tiene tintes de meditación filosófica, de análisis sociológico y de crítica literaria. Su estilo ecléctico tiene la virtud de una visión múltiple que teje una manta multicolor y elegante, pero también tiene el inconveniente de ser un texto a veces difícil de seguir y frustrante debido a la superficialidad inevitable de la exposición, que abarca más de cuatro siglos en 114 páginas.

Segundo, el análisis enfrenta una problemática de carácter histórico con una agenda feminista contemporánea. Pese a lo breve y complicado que resulta el texto, al terminar la lectura queda claro que hay vínculos

profundos entre las vidas de mujeres y hombres del siglo xvii en adelante y nosotros, que hoy abordamos problemas actuales desde las ciencias sociales o bien desde la organización política.

Al aterrizar su análisis en la historia, propiamente de las estrategias de las sucesivas generaciones de feministas, Riley nota que las "mujeres" rara vez se presentan sin adjetivos ante los representantes del poder y tienden a vivir divididas como resultado de las inequidades que existen entre ellas. Así, se pregunta qué es lo que las lleva a unirse, y responde que son los antagonismos sexuales los que forman la solidaridad sexual. Es decir, mediante la consolidación formal de "hombres contra mujeres", mediante los asaltos y contrasaltos, mediante las relaciones de género, se forman los feminismos. Aquí aparece un problema: aunque su argumentación es cuidadosa y aguda, Riley omitió una definición

de *género*, uno de los ejes conceptuales de su ensayo. No creo que esto haya sido casual, pero no le ofrece al lector una explicación. Rechaza que "mujer" o "mujeres" tengan una fundación ontológica, y por lo tanto definir semejantes categorías iría en contra de su tesis central. Pero por qué no definir el concepto de género, una herramienta intelectual imprescindible sobre el cual no existe acuerdo universal.

¿Cómo se fueron construyendo las estrategias feministas tras los siglos?, ¿en qué condiciones históricas? Riley desarrolla su tesis principal a lo largo de tres capítulos discretos con tres argumentos históricos, y mediante un impresionante despliegue de autores y obras. En el capítulo dos, "Progresos del alma" ("Progress of the Soul"), explica las luchas feministas durante los siglos xvii y xviii, cuyos esfuerzos intelectuales se empeñaron en disminuir la distancia entre "mujer" y la humani-

dad, sitio que, según Riley, era la región del hombre. La batalla decisiva fue sobre el carácter del alma (alguna vez entendida como igual entre todo ser humano). Si la revolución francesa difundía los conceptos de libertad, igualdad y fraternidad, a "mujeres" correspondía la "naturaleza", mientras que el dominio de los hombres se situaba desde la "humanidad" y la "razón".

Entre los textos que integran las tradiciones literarias del siglo xvii destacan las defensas de las mujeres frente al sexo opuesto, notables por un estilo que aparecerá en los argumentos de otros feminismos mucho más recientes: la diferencia entre hombre y mujer no es efecto de la naturaleza sino cultural. Su falta de educación no podía ser indicador de una inferioridad innata. Ante la crítica de que la mujer no debía educarse porque al imitar al hombre perdería su virtud femenina, la autora anónima de una sofisticada defensa de 1696 replicaba:

Con su permiso, me atrevo a proponer, que se preparen con igual cuidado, con los mismos Modelos, y no podrán discernir más el Estilo Masculino del Femenino, que distinguir si esto fue escrito con la pluma de un Ganso Macho, o la de la Hembra.<sup>2</sup>

Sin embargo, a lo largo del siglo xvii "mujeres" se sujetó a una creciente sexualización ligada cada vez más al orden natural. A finales del siglo la contraparte de "naturaleza" es la humanidad. Como consecuencia, entre "mujeres" y su total aislamiento frente a la humanidad sólo quedaba la igualdad espiritual característica de la época, la noción de que

<sup>2</sup> Riley, Denise. *Am I that Name?*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1988, p.29. Se especula que la autora anónima fue Mary Astell o Judith Drake. *An Essay in Defence of the Female Sex, in which are inserted the characters of A Pedant, A Squire, A Beau, A Vertuoso, A Peotaster, A City-Critick &c.*, dedicated to Princess Anne of Denmark, 3rd edition, London, 1697. p.5.

ante Dios no hay diferencia sexual.

La Europa rousseauiana del siglo xviii experimentó una reducción de los parámetros éticos hasta el extremo de que los límites de la virtud eran prácticamente coterminales con el sexo. Este proceso se debió a la propagación de una visión augustiniana de la naturaleza corruptible del carácter y del alma humanos. Si "mujer" era análoga de "naturaleza", y por tanto excluida de la humanidad, el potencial ético de "mujeres" tenía que ser esencialmente distinto al del hombre. Riley nota:

Luego de las revisiones de la naturaleza y la razón, propias del siglo xviii, el feminismo ya no tuvo a su disposición el argumento de que ante Dios el alma no tenía sexo. No sólo se trató de cambios en las ideas sobre la mujer. El significado mismo de "mujeres" se había transformado una vez que predominara el con-

cepto de la persona femenina completamente sexualizada a través de todas las regiones de su ser. Con la contracción de los dominios naturales del alma, así se volvió posible *ser un sexo*.<sup>3</sup>

La esfera de la razón era pública, y la esfera de la naturaleza, constituida como femenina, era privada. En estas circunstancias el ámbito de influencia de la mujer era radicalmente restringido a la familia, el hogar, "lo doméstico". Empero, en el capítulo tres, "Lo social", 'mujer' y feminismo sociológico", Riley detalla la emergencia en el siglo XIX del concepto de

"lo social" y de un espacio nuevo que impulsaron un relajamiento de los límites de acción de las mujeres. El espacio de "lo social" era, a grandes rasgos, la organización y la acción filantrópica, la cual volvió a reconfigurar conceptualmente "mujeres" y mutiló la separación tajante entre "lo público" y "lo privado".

"Lo social" se constituyó mediante las teorías decimonónicas de las ciencias humanas, manifestándose en el desarrollo de la filantropía, los estudios "científicos" de las vidas y muertes de los pobres, los obreros, las prostitutas y toda clase degenerada. Si en buena parte su objeto de estudio era femenino, también lo era su sujeto. Protagonizada sobre todo por mujeres de elevado estatus social, la esfera de lo social marcó un espacio entre "lo público" y "lo privado". En este espacio podían obrar "mujeres", principalmente de un grupo o clase social, en favor de quienes considera-

<sup>3</sup> Riley, Denise. *Op cit.*, p.43. Aquí aparece otro atoladero lingüístico. Del inglés se traduce comúnmente *feminine* y *female* como femenino/a. La primera acepción trata de algo "propio" de la mujer, precisamente la idea que rechaza Riley a lo largo de su estudio. La segunda acepción generalmente equivale a una distinción biológica, "hembra", la cual, si bien no es del todo libre de problemas, sí es lo que pretende Riley al escribir *female person* (persona femenina). Como ejercicio es ilustrativo consultar cualquier diccionario de la lengua española.

ban más desafortunados, sobre todo de otro grupo o clase social, protegiéndolos, amándolos, regenerándolos. Esto era posible en gran parte porque "lo social" se constituía fuera del ámbito de "lo político". De manera irónica, la emergencia de lo social tuvo el efecto de aislar aún más lo político, principalmente el espacio de los gobiernos y los tribunales. Lo político, al contrario de lo social, seguiría siendo exclusivo de los hombres. Sin embargo, aunque mujeres y hombres escribían y decretaban que no era político, a lo largo del siglo "lo social" proveía de espacios de acción feminista, los cuales prepararían el terreno para batallas posteriores, particularmente las luchas por el voto.

El proceso de conquista de los derechos ciudadanos/políticos tardaría más de un siglo. Estos derechos tenían sus raíces en la Revolución Francesa y su conclusión en los triunfos de los movimientos pro sufragio de la

mujer registrados durante los años posteriores al fin de la Primera Guerra Mundial. Y aunque el siglo XIX vio emerger "mujer" como sujeto sociológico, la idea de "lo social" no hizo desaparecer la noción de la disposición "natural" de la mujer. Al contrario, mediante la organización social la "mujer natural" y la "mujer social", las mujeres compitieron todavía aisladas de la esfera de la humanidad. La batalla que, en última instancia, las transformaría fue la batalla por el sufragio.

En el capítulo cuatro, "El voto de la mujer" ("The Womanly Vote"),<sup>4</sup> Riley se dedica a recordar los contornos de las luchas sufragistas, argumentos que contienen, quizá de manera embrionaria, las bases de los principales debates feministas de hoy: los conceptos de diferencia, igualdad, experiencia de la mujer, etc. Los principales argumentos que

<sup>4</sup> De nuevo son evidentes las trampas de la traducción. En inglés, *womanly* no sólo denota

enfrentaron las sufragistas fueron de tres tipos. Primero, las mujeres eran distintas a los hombres en sus intereses, y por lo tanto votarían en bloque, formalizando así de manera político-institucional el antagonismo sexual de mujeres contra hombres. Segundo, la naturaleza de la mujer era diferente, y por su diferencia la mujer no podía ser candidata factible para el voto. Y tercero, la mujer se desenvolvía en otra esfera. En esta versión de las esferas separadas, el énfasis estaba en la identificación de la mujer con "lo social". Por sus intereses distintos y su naturaleza aparte, propiamente *sui generis*, la mujer pertenecía a "lo social" (no a lo público-político). Los defensores de

este argumento decían que "lo social" era en donde mejor contribuían las mujeres, sin admitir el hecho, ya ampliamente presente a principios del siglo xx, de que mediante "lo social" el campo de acción de muchas mujeres, individual o colectivamente, había transgredido las fronteras de lo político.

En el último capítulo, "Cuerpos, identidades, feminismos" ("Bodies, Identities, Feminisms"), Riley intenta hacer un resumen mediante una discusión de lo que considera los principales debates de los feminismos contemporáneos, recogiendo ambos polos del feminismo: por un lado, la diferencia sexual, y por otro, la igualdad de mujeres con hombres, ambos polos dentro de la humanidad. El terreno que recorre Riley al concluir es evidente en el título que eligió para el capítulo. Es decir, ni el cuerpo ni algún aspecto universal comparten las mujeres como denominador común; sólo existen los múltiples

posesión sino la imposición de un carácter temporalmente constituido y esencializado, correspondiente a la categoría "mujeres" que analiza Riley. Tampoco es adecuado "El voto femenino", ya que "femenino", también construido histórica y discursivamente, es un calificativo que alude a una particular concepción de "mujeres", mientras *womanly* es "mujer" hecha calificativo, una maniobra esencializadora.

cuerpos e identidades, y por lo tanto tampoco puede haber un feminismo unificador de "mujeres". Los feminismos serán múltiples y flexibles; no quedará otra posibilidad. Si puede hablarse de una constante histórica en la reflexión sobre "mujeres", ésta es la inestabilidad de la categoría misma y la tendencia de los feminismos a luchar desde posiciones cambiantes y temporales.

Resaltan cuatro conclusiones. Primero, no existe "mujer" *a priori* de las caracterizaciones que la constituyen. Existe siempre mediante caracterizaciones, y el objetivo de la historia feminista es descubrir quién o quiénes la caracterizan y con qué efectos. Puede desprenderse de esta conclusión que *gendered categories*, o el concepto mismo, *género*, implican relaciones de poder en proceso; es decir, la relación no puede ser estática o acabada sino que está siempre en transición. De esta conclusión se interpreta el fundamento de una

definición de género: en el acto de descubrimiento de quienes caracterizan "mujer", y en tanto se revelan los efectos de cada caracterización, se identificarán instancias y relaciones de poder, y el género será constituido de manera multidireccional y temporal.

En la superficie de la definición está "mujeres" y quienes la caracterizan. Sin embargo, las instancias y dimensiones de poder manifiestas en esta relación constituyen un tema, más complicado, que Riley no pudo haber trabajado sino de paso debido a las mismas limitaciones del libro. Sin embargo, a lo largo del texto se deja sentir la influencia de Michel Foucault, y aunque Riley no precisa ni define su concepto de poder, es pertinente plantear su importancia en este estudio. A propósito, hace pocos años que Patricia O'Brien intentó traducir los principales conceptos de Foucault para una nueva generación de historiadores que actualmente tra-

baja en el campo de la historia cultural. Se cita aquí a O'Brien porque en este contexto proporciona resultados sugerentes:

Foucault ubicaba el poder para que éste pueda ser estudiado: (1) uno jamás se encuentra afuera del poder, no hay márgenes ni periferias, y no tiene centro: "el poder es coextensivo con el cuerpo social"; (2) "las relaciones de poder se entretujan con otras relaciones de otro tipo (producción, parentesco, familia, sexualidad)" que pueden ser estudiadas a través de sus discursos; (3) las relaciones de poder están interconectadas y "sus interconexiones delinean condiciones generales de dominio [...] organizándolo en forma estratégica y de manera más o menos coherente y unitaria."<sup>5</sup>

Sin duda los conceptos de Foucault son difíciles; sin embargo, una parte

importante del estudio de Riley es una advertencia: "mujeres" es una categoría compleja, difícil. Las articulaciones de poder que esboza O'Brien se encuentran a lo largo de este libro, efímeras y mutables, y a la vez coherentes y unitarias.

Segundo, Riley propone que "mujeres" tiene una inherente inestabilidad *a priori* de sus manifestaciones, ya sean progresistas o reaccionarias, de izquierda o de derecha. Su advertencia es lo complejo y lo complicado que ha de ser una política feminista, pero también, y por la misma razón, lo flexible que será en perseguir sus objetivos.

Tercero, como resultado, Riley rechaza la noción de que "mujeres" tenga una identidad coherente. Sin embargo, preve que "mientras los sexos sean socialmente distinguidos,

<sup>5</sup> Véase: O'Brien, Patricia. "Michel Foucault's History of Culture," en Lynn Hunt (ed.), *The New Cultural History*. University of California Press, Berkeley, 1989, pp.25-46.

se nominará a 'mujeres' como diferente"; mediante la división sexual seguirá la posibilidad de que "mujeres" se caracterice por una diferencia ontológica sexual. El feminismo será la reacción a este estado de cosas, y por lo tanto no podrá desaparecer.

Finalmente, Riley rechaza "la experiencia de la mujer", *women's experience*, porque ello implicaría algo que comenzará con ella cuando probablemente sea el resultado de una acción externa, como suele ser la dominación natural o política. En este sentido Riley cita a Donna Haraway:

No necesitamos una totalidad para trabajar bien. El sueño feminista de un idioma común, como todo sueño de un nombramiento perfectamente fiel de la experiencia, es totalizador e imperialista.<sup>6</sup>

Haraway critica tanto a los feminismos como a los marxismos por cometer el mismo error. Ambos buscan al-

ternativas epistemológicas para la construcción de un sujeto revolucionario que se constituye mediante una jerarquía de opresiones. Como no existe el "sueño original" de un idioma común, el sujeto asume una existencia fragmentada, con un sinnúmero de posiciones frente a distintas opresiones.

Es cierto que los idiomas unificadores o totalizadores esconden pretensiones imperialistas, y que lo desordenado de las experiencias vividas hace imposible una jerarquía de opresiones. Así, convence su rechazo de "la experiencia" de la mujer. Sin embargo, en momentos particulares estos mismos idiomas unificadores pueden generar una fuerza considerable; *Am I That Name?* contiene más de un ejemplo. Las estrategias de actuales y futuros feminismos podrán o

<sup>6</sup> Haraway, Donna. "A Manifesto for Cyborgs: Science, Technology and Socialist Feminism in the 1980s", en *Socialist Review*, vol.15, núm.2, marzo-abril de 1985, p.92.

no excluir discursos esencializadores, pero las y los historiadores tendrán que seguir atentos a la construcción de tales discursos. Es cierto que "mujeres" *en masse* rara vez se presentan sin calificaciones ante los tronos del poder ya que sus estamentos las dividen como desiguales dentro de su supuesta unidad.<sup>7</sup> Empero es igualmente cierto que en momentos de crisis social los discursos unificadores, tanto de derecha como de izquierda, pueden transformar grupos desiguales uniéndolos a pesar de sus "estamentos". En fin, *Am I That Name?* aporta una importante lección a las ciencias sociales, a los feminismos y a los estudios de género. Las expresiones más ricas y llenas de "mujeres", con todo y sus contradicciones, opresiones y múltiples experiencias, sólo se manifiestan mediante el análisis histórico, mediante el estudio de sus historias.

<sup>7</sup> Riley, Denise. *Op cit.*, p. 9.

El concepto de género (como clase) adquiere una precisión analítica más matizada sólo a través de y enraizado en un proceso histórico.

ALFONSO HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ  
**UN VIAJE POR EL MUNDO  
 DE LO MASCULINO**

THOMPSON, Keith (ed.). *Ser hombre*,  
 Kairós, Barcelona, 1993, 345 pp.

La lectura de este libro es un agradable y sorprendente viaje por el mundo de lo masculino. El libro presenta los diferentes senderos que puede tomar el hombre en la búsqueda del significado que se le asigna culturalmente al atributo biológico del sexo; es un recorrido a través de datos, intuiciones, poesía y literatura que convierten a esta antología en una referencia indispensable para los hombres que andan en la búsqueda de los valores que les conce-